

ESCENARIOS DE ACTUALIDAD

CHILE, EL OCEÁNICO PACÍFICO Y EL FORO DE COOPERACIÓN ECONÓMICA DE ASIA-PACÍFICO, APEC 2004

*Víctor H. Larenas Quijada **

Introducción.

En estas charlas que inicio el día de hoy, deseo abrir las ventanas hacia un “Nuevo Mundo” desde el umbral del comercio exterior chileno. Desde nuestra perspectiva pretendo descifrar los “por qué” de la importancia de la Cuenca del Pacífico como un hipermercado con millones de consumidores para los productos chilenos; también daré cuenta de los “por qué” de los milagros económicos en Japón y de otros “dragones” de la región Asia-Pacífico.

Se avecina una “Era del Pacífico” repleta de esperanza, pero sin carencia de incertidumbre y amenazas, sobre todo económicas, científicas y culturales. Mirar hacia el futuro con una visión amplia ensancha el horizonte y refresca las ideas de los que tienen cierta experiencia.

La historia avanza hacia otra era, ni mejor ni peor que la pasada, pero muy diferente; somos testigos del fin de un mundo que conocemos, y entramos a otro nuevo que cambiará nuestras vidas y las de nuestros hijos. La revolución científico-tecnológica e Informática está cambiando las formas de organización social, económica y política.

En Chile debemos estar preparados para subirnos al carro de la historia, que ya inició su largo recorrido y que avanza hacia el Pacífico como el seguro epicentro de la economía y la política mundiales. No obstante, sin una urgente modernización política de los chilenos en su dimensión interna y diplomática, no estaremos preparados para enfrentar la “nueva ola” de transformaciones que, como una avalancha, se acerca a nosotros. Sin liderazgo en los albores del siglo XXI, ni una visión en común, seremos marginados de los asuntos del futuro que se juegan en el océano Pacífico.

La ola de cambios científico-tecnológicos y de redemocratización llegó a Japón hace algunos años, y de las cenizas lo convirtió en el primer centro financiero del mundo y en la segunda economía mundial. Esa ola continuó por Filipinas, la República de Corea, hasta llegar a Chile y otros países, conciliando el proceso de democratización económica con la democratización social y política de sus sociedades.

El desafío de la miseria es de tal magnitud que para superarlo hay que recurrir a todo el dinamismo y la creatividad de la empresa privada. Ensanchar nuestra visión histórica y usar lo mejor de oriente y occidente en función de la guerra contra la miseria es el desafío de una civilización del Pacífico. Así no renegaremos de la especial vocación hacia el Pacífico que heredamos de los fundadores de la patria. La meta final no es otra que arribar a un equilibrio entre autoridades: igualdad y libertad.

El signo de la era del Pacífico no será la confrontación ideológica y militar que caracterizó la política de bloques durante los años de la guerra fría en Europa y el mundo. En la Cuenca no hay enemigos; todos pueden cooperar con todos y en todas las áreas. La paz y el desarrollo son el norte principal del nuevo estilo de vida trans-Pacífico.

Una nueva civilización del Pacífico que concilie lo mejor de oriente y occidente está emergiendo, mientras el andamiaje de la guerra fría y la carrera armamentista ya ha comenzado a desmoronarse.

La Cuenca del Pacífico es un nuevo escenario para las relaciones económicas internacionales, la conquista de mercados e inversiones, la cooperación, el intercambio tecnológico, el respeto mutuo entre el Norte y el Sur, y la coexistencia pacífica entre el socialismo y el capitalismo.

Para continuar sembrando de iniciativas y productos chilenos el océano y sus riberas, necesitamos seguir abonando el terreno cultivado en los últimos años con esfuerzo y aprovechar las experiencias comerciales y financieras de Chile con los países de la Cuenca del Pacífico.

Es justamente alrededor de estas ideas que en 1989 se creó el Foro de Cooperación Económica de Asia-Pacífico, que obedece a la sigla de APEC, a fin de facilitar el crecimiento económico, la cooperación, el comercio y las inversiones en la región de Asia-Pacífico.

Chile ingresó como miembro pleno de APEC durante la reunión ministerial realizada en Jakarta (Indonesia) en noviembre de 1994.

El 21 de octubre de 2003, Chile asumió oficialmente la coordinación del Foro Económico del Asia-Pacífico y de esta forma coordinará el encuentro durante este año 2004. Esta circunstancia es la que nos lleva a analizar este nuevo horizonte para las relaciones económicas internacionales a través del océano Pacífico y la APEC.

Análisis oceanopolítico de la cuenca del Pacífico.

1. Una visión histórica.

a. El mar de las mil culturas.

Henos ante un escenario de 250.000.000 de kilómetros cuadrados, a cuyo alrededor habitan todas las razas del mundo, con expresiones de todas las culturas y de todas las religiones existentes. Una extensión de agua superior a toda la corteza terrestre, dos veces más grande que el océano Atlántico, en torno a la cual vive más de la mitad del género humano: el océano Pacífico.

El investigador retrocede con humildad ante una Cuenca que concentra en sí misma una parte decisiva de la historia del hombre y de la cual sabemos aún muy poco. Apenas hemos resbalado sobre su superficie marítima y nuestro conocimiento sobre sus fondos marinos, su climatología, y sus recursos minerológicos y energéticos son aún rudimentarios. Y, sin embargo, en torno a este escenario y en la superficie de su inmensa amplitud, se concentra hoy la mayor densidad económica del mundo; allí se ha producido el mayor nivel de crecimiento de nuestro siglo y el más poderoso mercado consumidor.

Sentado en primera fila ante este escenario impresionante, y formando parte del proceso que en él se lleva a cabo, está Chile.

El océano Pacífico, que baña nuestras costas en más de 4.000 kms. de extensión, representa para nuestra Patria y nuestro pueblo una especie de destino marcado, una imitación fervorosa y, al mismo tiempo, una grave responsabilidad. El océano Pacífico es una prioridad gravitante, por encima de cualquier consideración ideológica, económica o afectiva. Es un deber establecido por la historia.

Seis siglos antes de la Era Cristiana, los pueblos del oriente oceánico comenzaron a moverse hacia el interior de esta vasta superficie marítima, buscando tierras nuevas, climas mejores y mayor seguridad. Ya en el siglo IV A.C. los melanesios y los polinesios tomaron posesión de las grandes islas, cruzaron con medios primitivos las inmensas distancias que marcan la geografía del océano y se establecieron en los epicentros desde los cuales salieron, más tarde, sus expediciones radiales en busca de nuevos horizontes y de mejores condiciones de vida.

¿Quiénes forman estas razas que hoy constituyen la base de la estructura etnográfica del Pacífico?

Los melanesios tienen un origen afro-asiático. Son, por esencia, guerreros y pescadores. Los polinesios, también provenientes del Asia, reconocen una raíz malaya, diluida a lo largo de los siglos y transformada por el clima y por su régimen de vida. Son, también, pescadores, pero, por encima de toda otra actividad, son navegantes. El área que cubren sus migraciones es tan extensa que resulta difícil de creer que con los medios técnicos de su tiempo pudieran haberla cubierto. Y, sin embargo, lo lograron.

Mientras los melanesios, más resistentes y feroces, se afirmaron en las tierras obtenidas, los polinesios se desplazaron hacia los extremos del océano Pacífico, eludiendo las invasiones que otros

pueblos de mayor cultura, o de mayor poder, efectuaron en los siglos VI y VII de nuestra era. Estos pueblos fueron los chinos y sus parientes los tais, que comenzaron a explorar y a ocupar las áreas terrestres del gran océano, cuando todavía Europa era una transición sombría entre las invasiones bárbaras y los despojos de la vieja cultura greco-romana.

Estos nuevos invasores traían consigo una cultura muy alta y un progreso técnico admirable, pero sustancialmente distinto de los valores espirituales de los pueblos polinesios. La tradición dice que desde Samoa partió el éxodo de estas razas hacia los cuatro puntos cardinales de la periferia oceánica. Por el Norte llegaron a las islas de Hawaii; por el Sur hasta las islas de Cook y Nueva Zelanda y por el Este, hasta la solitaria Rapa-Nui, después de poblar el archipiélago de Tahiti. Se ha formado así el gran triángulo polinésico que hoy nos asombra, y cuyas manifestaciones culturales habrían de influir fuertemente en los pueblos vecinos, sirviendo, al mismo tiempo, de recios lazos de unidad entre aquellas comunidades dispersas por todo el océano Pacífico y separadas por miles de millas marinas.

b. La hora de España.

En el año 1513, Vasco Núñez de Balboa admira por primera vez el océano Pacífico y toma posesión de él en nombre de los Reyes Castellanos. Apenas siete años más tarde, en 1520, un portugués al servicio de España, Hernando de Magallanes, une con sus naves el mar Atlántico con el Pacífico y lo navega en casi toda su extensión, para morir en él. Es su expedición, la primera en dar la vuelta al globo terrestre y llevar a la corte Castellana la nueva de este inmenso mundo que, al decir de aquellos valerosos navegantes, se encuentra abierto al expansionismo español, no sólo para las perspectivas comerciales sino también para la propagación de la fe cristiana.

El siglo XVI es el de la hegemonía española. Son sus velas, con sus cruces rojas de Malta y los pendones morados de Castilla, las que han de lanzarse, con un ímpetu irresistible, hacia estos horizontes desconocidos para el europeo y a la conquista de estos pueblos sencillos y cordiales que les ofrecen, a su vez, su antigua cultura impregnada por el dominio de la naturaleza.

Este es el siglo de Álvaro de Mendaña, de Pedro Fernández de Quiroz, de Váez de Torres, de García Jofré de Loaiza y de tantos otros navegantes que recorrieron el océano Pacífico, rindiendo en él lo mejor de su valor, de su esperanza y, muchas veces, sus vidas.

No hemos de olvidar que dentro de la ola española, Chile juega un papel interesante, pues algunas de esas expediciones zarparon de nuestras costas y anunciaron, desde esos días, el deber geopolítico del país.

c. Europa entra en escena.

El siglo XVII es el siglo de Holanda en el océano Pacífico.

Esta nación, casi desprovista de territorio, sacudida por guerras y acechanzas de todo tipo, resolvió buscar en el mar el destino que Europa parecía negarle. Bajo el ala protectora de Inglaterra, lanzó sus velas hacia el oriente, empujada por una gran vocación comercial. Nombres ilustres de su suelo habían de immortalizarse en la toponimia del gran océano.

Jacques Le Maire, Abel Tasman, Jacobo Doggenween son los que vencen al Cabo de Hornos. En 1619 fundan Batavia, la actual Jakarta, y convierten este puerto en epicentro de una poderosa red comercial que abarcará, casi sin excepción, todos los puertos importantes de la Cuenca.

El siglo XVII han de compartirlo Francia e Inglaterra. Es el siglo de la Ilustración y domina a los hombres una obsesión científica, sin que el afán mercantil ceda terreno. Por el contrario, los gobernantes de Europa creen que va en ventaja del comercio y que el océano Pacífico sea mejor conocido y tenazmente explorado.

Francia envía expedición tras expedición a tomar posesión de las tierras sin dueños y, a veces con ellos, investigar sus climas, sus pueblos, su fauna y su flora.

El abate Feuille, Bouganville, Frezier, Dumont D'Urville, La Perousse y tantos otros pasean la bandera de Francia por estas tierras ignotas, donde cada horizonte depara una sorpresa.

Inglaterra, a su vez, se hace presente con las tres expediciones del Capitán James Cook. Este es el marino que aprovechará al máximo las experiencias anteriores, que desenterrará de los archivos la cartografía española. Es el navegante que irá dando al océano Pacífico, la dimensión geográfica y la profundidad científica que el mundo pedía.

d. El Colonialismo.

El Colonialismo europeo en África, Asia y Oceanía, es una de las características del siglo XIX y la consecuencia casi ineludible de la Revolución Industrial. El formidable avance de la técnica exigió a las industrias del Viejo Mundo tres urgencias inseparables: materia prima, transporte seguro y mercados consumidores.

La obtención de materias primas requirió, como base fundamental, una mano de obra barata y un sistema de seguridad que garantizara el trabajo sin el sobresalto de amenazas exteriores. Los países de ultramar ofrecían una mano de obra barata, sin necesidad de recurrir a la esclavitud, aunque en algunas regiones del África negra resultaba difícil distinguir la una de la otra.

El imperativo de la seguridad fue la base de los ejercicios coloniales, de las grandes flotas de guerra y de la activa acción diplomática destinada a conseguir, por medios pacíficos, las ventajas comerciales que las naciones necesitaban.

Al conjunto de estas políticas coordinadas se le dio el nombre genérico de "imperialismo", cuya esencia era, en el fondo, el ejercicio del poder internacional de una nación sobre otra, ya fuese militar, naval, económico, político o cultural. Toda nación europea fue imperialista, unas más y otras menos, a la medida de sus fuerzas. Y al cerrar el siglo, otros dos países habrían de agregarse al imperialismo tradicional: Estados Unidos y Japón.

El imperialismo ha sido visto siempre bajo un prisma negativo y no hay duda que se prestó a abusos irritantes y a injusticias internacionales que el progreso de las naciones no podía aceptar. Pero tuvo también aspectos positivos que conviene mencionar.

El primero fue el desarrollo económico de las tierras colonizadas.

Ello significó un mejoramiento ostensible de los niveles de vida de esas poblaciones y, en algunos casos, el término de costumbres primitivas que afectaban la salud y la supervivencia de los pueblos.

La segunda ventaja fue el progreso científico. Al amparo de la colonización, se hicieron investigaciones técnicas y sanitarias de gran valer, se ensayaron cultivos nuevos en excelentes condiciones y se buscó mejorar la higiene de los pueblos y la profilaxia ambiental en términos notables.

El tercer aspecto fue la prédica religiosa. Con todas las dificultades y, en ocasiones, el fanatismo con que esta actividad fue llevada a cabo, es indudable que depuró a las sociedades primitivas de muchos ritos sangrientos o antinaturales que las diezmaban implacablemente.

Todo esto tuvo un efecto importante en el océano Pacífico. En 1883 se firmó en Berlín el II Tratado de Distribución Geográfica, por el cual las grandes potencias procedieron a fijar las áreas de influencia de su política en el gran océano, y su dominio sobre aquellas islas y tierras continentales que consideraban propias.

Este Tratado rigió hasta 1920, año en que la Liga de las Naciones entregó las posesiones alemanas en fideicomiso a Francia, a Inglaterra, a Japón y a Australia. Esta situación duró hasta la II Guerra Mundial, fecha en que empezó el proceso descolonizador.

e. La Descolonización.

Uno de los objetivos que tuvo en vista el Imperio Japonés, al lanzarse a la temeraria aventura de la II Guerra Mundial, fue expulsar a los europeos como potencias dominantes en el Asia-Pacífico. Si

bien es cierto que Japón aspiraba a reemplazar a las potencias coloniales en su propio provecho, no es menos cierto que los efectos de su política fueron los mismos.

En 1946, de agrado o de fuerza, las potencias europeas debieron ceder lugar a los sentimientos independentistas que surgieron en todas las naciones del Pacífico.

En rápida sucesión fueron apareciendo los nuevos Estados. En 1962 se independiza, bajo una forma monárquico-parlamentaria, la antigua Samoa alemana. En 1968, la isla de Nauru. En 1965, Nueva Zelanda otorga al archipiélago de las Cook un régimen de autonomía administrativa. En 1974, se independizan Niue y Tokelau. En 1975, Australia pone fin al fideicomiso que tenía de las islas de Papua y Nueva Guinea y las une en una sola nación. En 1976, se independiza el archipiélago de las Fiji, tal vez el más importante de los Estados-Islas en el cuadrante sudoccidental del océano Pacífico. En 1976, Gran Bretaña pone fin al protectorado que ejercía sobre las islas del Reino de Tonga. En 1978, se independizan las islas Salomón. Ese mismo año, el archipiélago de las Ellice pasa a constituirse en una monarquía parlamentaria con el nombre de Tuvalu. En 1979, el archipiélago de las islas Silbert se acoge al régimen de autonomía; nace el Estado de Kiribati. En 1980, las legendarias Nuevas Hébridas se convierten en el Estado de Vanuatu.

Francia que, de una manera u otra, se había visto menos afectada por la guerra en sus posesiones del Pacífico, logró escapar del vendaval de la descolonización, dando a sus posesiones de la Polinesia un régimen de igualdad con las provincias mediterráneas. Y es así como el archipiélago de Tahiti y Las Marquesas, Nueva Caledonia, Wallis y Futuna pasaron a ser parte integral de la Francia Metropolitana, aunque algunas de ellas iniciaron activos movimientos separatistas, sin resultados inmediatos.

Estados Unidos estableció, en 1898, un sistema colonial en las islas de Filipinas, en Samoa del Norte y en Guam. Después de la II Guerra Mundial, Filipinas emergió como estado independiente, bajo una forma republicana. En 1959, el archipiélago de Hawai fue convertido en Estado de la Unión Norteamericana. En 1976, Estados Unidos firmó acuerdos de libre asociación en las Islas Marianas del Norte, y en 1984, con Palau, con la Micronesia y con las Islas Marshall, posesiones que ocupaba desde la guerra.

Corea se independizó de Japón en 1946, dividiéndose en dos países, uno bajo un régimen comunista, controlado por China, y el otro bajo una forma autoritaria, protegido por Estados Unidos.

La antigua Indochina francesa se dividió, en 1954, en los Estados de Vietnam del Norte, Vietnam del Sur, Laos y Camboya. Los otros Estados del área, (Birmania, Tailandia y la Unión de Malasia) eran protectorados más o menos autónomos antes de la guerra. Inglaterra favoreció la autonomía de Singapur, hoy república independiente.

El 2 de noviembre de 1949, el Reino de Holanda firmó, con las fuerzas autonomistas de Indonesia, un acuerdo que ponía término a los tres siglos de dominio de aquél sobre los antiguos territorios de Sumatra, Java y Borneo. Indonesia adoptó una forma republicana federal y democrática para transformarse, en 1959, en una república unitaria y de carácter autoritario.

Australia y Nueva Zelanda nacieron como colonias británicas, pero, al comenzar el siglo XX, fueron transformadas en dominios, con un apreciable régimen de autonomía y, más tarde, en naciones independientes, dentro de la Comunidad Británica, bajo un sistema de gobierno monárquico y parlamentario.

La Isla de Pascua es una provincia chilena desde 1888 y a la que nos referiremos cuando toquemos el tema de la presencia de Chile en el océano Pacífico.

La isla de Pitcairn es aún una colonia británica, gobernada desde Nueva Zelanda.

2. Latinoamérica y el Asia-Pacífico.

El interés latinoamericano en Asia-Pacífico en la gran mayoría de los países aconteció en un contexto histórico de baja densidad. Una excepción en ese sentido la constituía Chile, cuya flota de comercio fue en determinados momentos del siglo XIX una de las más importantes del océano Pacífico, y cuyo monopolio en la provisión de salitre condujo al establecimiento de oficinas comerciales en el Asia-Pacífico. Chile fue el único país del subcontinente que desarrolló una identidad nacional con un componente “Pacífico” relativamente fuerte.

Inspirado por consideraciones geoestratégicas y atrapado en el paradigma realista, el visionario en materia de relaciones externas, Diego Portales, visualizaba la costa pacífica como la ventaja estratégica central de Chile, en medio de un contexto de naciones vecinas percibidas como enemigas.

Continuando con el interés latinoamericano en Asia-Pacífico, es cierto que hubo ciertas conexiones históricas ya antes del movimiento de independencia. Durante el siglo XIX las entonces jóvenes repúblicas del subcontinente latinoamericano establecieron relaciones diplomáticas en Japón y China. Latinoamérica, en especial Brasil, México y Perú, recibió hasta los años sesenta del siglo recién pasado un gran número de inmigrantes de Japón, China y, en menor medida, de Corea. Sin embargo, a pesar de dichos puentes étnico-culturales, a comienzos del siglo XX el Asia-Pacífico desapareció de la óptica de las políticas exteriores de las naciones latinoamericanas. Esto puede ser explicado por la posición hegemónica de Estados Unidos, por la implementación de estrategias de desarrollo orientadas al mercado interno y por los problemas políticos y sociales inherentes a la subregión. Esto se modificó recién en los años 70 en la medida en que determinados gobiernos latinoamericanos se convirtieron en protagonistas de un debate global en torno a la cuestión del desarrollo. Pese a ello, aún durante la fase de esplendor del Tercer Mundismo latinoamericano, no fueron tanto los contactos a través de foros internacionales, sino más que nada las relaciones bilaterales con algunos estados como Indonesia, India o la República Popular China, las que en cierta forma se vieron intensificadas en su dinámica.

Son especialmente interesantes los intentos latinoamericanos de diversificar sus relaciones hacia Asia-Pacífico en un nuevo entorno internacional, ya que normalmente se asume que tanto la política exterior en sentido estricto, como la política económica exterior, no son sólo expresión de reflexiones estrictamente racionales respecto a determinados fines, sino que también se ven influidas siempre por los respectivos legados histórico y cultural.

La membresía en los foros de cooperación transpacíficos APEC, PECC (Consejo de Cooperación Económica del Pacífico) y PBEC (Consejo Económico de la Cuenca del Pacífico), de orientación netamente económica, representó para los decisores latinoamericanos del ámbito político y económico una posibilidad de incorporarse a la red de vínculos de la Cuenca del Pacífico, para poder promover así una política eficiente frente a dicha región. Al mismo tiempo, el hecho de pertenecer al APEC ofrece la posibilidad de participar en la definición institucional futura de las asociaciones económicas transpacíficas. La membresía de México en el APEC era deseable en vista de su ligazón estratégica a Estados Unidos a raíz de su participación en el NAFTA (Tratado de Libre Comercio de Norteamérica), y pudo concretarse ya en 1993 gracias al apoyo de Estados Unidos. Sin embargo, la incorporación de otros Estados interesados como Argentina, Brasil, Chile, Colombia y Perú, resultó extremadamente difícil. En primer término, los Estados Unidos no estaban interesados en aceptar un gran número de estados latinoamericanos en un foro de diálogo, en el que probablemente pudieran gestarse intereses compartidos por latinoamericanos y asiáticos que significaran un contrapeso dentro del APEC a las posiciones de los Estados Unidos. En segundo término, la mayoría de los estados angloparlantes como Australia, Canadá y los Estados Unidos temían que una incorporación mayoritaria de estados latinoamericanos al APEC, cuyo proceso de decisión es de carácter consensual, pudiera impedir una institucionalización más profunda de los mecanismos de cooperación a causa de una creciente heterogeneidad de intereses. Finalmente, todos los miembros del APEC votaron en

contra de la participación de Argentina y Brasil, argumentando que estos países no poseen acceso directo al océano Pacífico.

La condición necesaria para aprovechar eficientemente el potencial existente, es de todas formas que las decisiones latinoamericanas de los ámbitos políticos y económicos unifiquen sus conceptos estratégicos frente a las necesidades específicas de los respectivos países, tras considerar la dinámica de la transformación en el Asia-Pacífico.

Es un hecho que los estados latinoamericanos se esfuerzan hoy por integrar en sus políticas exteriores el componente asiático. A pesar de ello, en lo que hace a la utilización eficiente de los espacios de acción por parte de los decisores, no se percibe todavía una conformidad de intereses respecto a la estrategia frente al Asia-Pacífico y su implementación operativa.

Chile constituye aquí la excepción, poniendo de manifiesto que por el acoplamiento entre política interna y externa, las visiones de política exterior sólo se pueden implementar exitosamente cuando las élites relevantes poseen intereses homogéneos, en donde a la consideración de los puntos de contacto histórico y culturales se agrega el cálculo racional de costos y beneficios de una política unificada frente al Asia-Pacífico.

En ese sentido hay que destacar que en la era de la globalización es relativamente fácil establecer relaciones diplomáticas. El desafío hoy en día es más bien la capacidad organizadora de la política exterior respecto a la vinculación de todos los actores relevantes allanando tanto las fronteras entre lo nacional y lo internacional como las fronteras entre Estado y Sociedad.

3. Presencia de Chile en el océano Pacífico.

En el siglo pasado, el pabellón de Chile flameó a lo largo de la costa del Pacífico alcanzando hasta California e internándose en el Pacífico Central en las islas de la Polinesia. Chile ejercía la hegemonía en el Pacífico Suroriental; sus naves participaban en gran parte en el comercio exterior peruano y ecuatoriano, alcanzando hasta Australia y Nueva Zelanda.

Estos hechos y muchos otros, como la actividad industrial de la construcción de los barcos de medio tonelaje, parecieron indicar que, en los primeros años de vida independiente, Chile se estaba conformando dentro de la orientación de una adecuada conciencia marítima.

La idea de una expansión chilena en el Pacífico venía desde la época de Prieto. Don Diego Portales creía firmemente que el destino de Chile estaba en el mar y que su campo natural de expansión era el océano Pacífico y la Polinesia.

Don Benjamín Vicuña Mackenna fue uno de los grandes visionarios de los avances de Chile en el Pacífico. Creyó que a Chile le correspondía tomar posesión de miles de islas oceánicas, en esa fecha aún sin dueño conocido, y extender un imperio marítimo que llegase hasta el Asia.

El Presidente Balmaceda lo comprendió en toda su extensión. En 1888 ordenó a la Marina de Guerra tomar posesión de la Isla de Pascua, ubicada frente a Caldera, a 2000 millas de sus costas, y Policarpo Toro izó la bandera chilena en la ensenada de Hanga-Roa, el 9 de septiembre de 1888.

Hoy, a 116 años de aquel feliz acontecimiento, Chile mira con satisfacción y no disimulado orgullo, su proyección oceánica expresada en términos geográficos por la Isla de Pascua proyectando su frontera occidental hacia el Mar del Futuro: el océano Pacífico. Con esta posición, Chile se convirtió en el único país latinoamericano en poseer un territorio en la Polinesia y, con ello, en establecer una presencia física en el Pacífico Insular. En su zona marítima circundante abunda la pesca y se prevén importantes reservas de recursos naturales; la propia isla es susceptible de un desarrollo turístico altamente especializado, dado su riqueza arqueológica; la cultura pascuense constituye un buen medio de vinculación con el área insular del Pacífico; representa un puente para la comunicación transpacífica y se espera la construcción de un puerto para buques mercantes de 3 mil toneladas y goletas pesqueras. El tema del puerto ha sido muchas veces postergado, con lo cual se ha desaprovechado su potencial turístico y pesquero.

Con una clara visión austral O'Higgins tuvo un sentido oceanopolítico en su tiempo; desde su destierro en Montalbán, escribe al Presidente Bulnes, en 1842, sobre la necesidad impostergable de asegurar los bienes nacionales en el Estrecho de Magallanes, y proyecta esta visión hacia la enorme gravitación oceanopolítica que significa para el país controlar, por mandato geográfico, el Mar de Drake, pivote oceánico del Pacífico y del Atlántico, constituyéndose en vigía natural de las rutas marítimas australes mediante el ejercicio de su soberanía en el Estrecho de Magallanes, Canal Beagle, Cabo de Hornos y posesiones insulares orientales. Asimismo, igual valor oceanopolítico tiene la presencia del país en el Continente Antártico.

El hecho de que el límite austral chileno esté precisamente en el Polo Sur geográfico, lo avvicina a las demás naciones que comparten el Tratado Antártico Internacional, en el cual Chile desarrolla una serie de importantes acciones concertadas en beneficio de los intereses antárticos que a todos preocupan.

4. Riqueza potencial del Pacífico.

a. En cuanto a energía.

La Cuenca del Pacífico presenta ventajas comparativas como región. Así, por ejemplo, existen depósitos de carbón en muchos de los países, destacándose los casos de Estados Unidos con 756.000.000 de toneladas anuales de producción, la ex Unión Soviética con 718.650.000, Canadá con 28.778.000, Corea del Sur con 18.346.000, Japón con 18.225.000, Australia con 5.500.000, Nueva Zelanda con 1.100.000 y Chile con 1.550.000 toneladas.

Las mayores producciones de petróleo crudo corresponden a la ex Unión Soviética con 9.600 millones de toneladas, la siguen Estados Unidos, México, Indonesia, Canadá y Australia, al igual que la de gas natural, en tanto que se calculan importantes reservas submarinas de hidrocarburos en México, el Sudeste Asiático, el Mar de China y en plataformas bajas de algunas islas del Pacífico Sur.

b. En cuanto a recursos vivos.

En lo que se refiere a los recursos vivos, no está demás señalar la gran riqueza pesquera del Pacífico, en especial a lo que se refiere a Taiwán, el archipiélago de Alaska y el mar del Pacífico Sudeste, donde destacan Perú y Chile. En verdad, esta región aporta cerca del 60% de la captura mundial.

c. En cuanto a Minerales.

El Pacífico acapara gran parte de las reservas mundiales de minerales y, desde luego, la ex Unión Soviética es el país más autosuficiente en este campo, seguido de Estados Unidos, Canadá y Australia. Este último posee las mayores reservas de bauxita, en tanto que Estados Unidos, Indonesia y Malasia también disponen de yacimientos significativos.

A su vez, los primeros cinco productos mundiales de zinc se ubican en esta Cuenca (Canadá con casi el 25%, Australia, Estados Unidos, Japón y México), al igual que seis de los nueve productores más grandes de cobre (Chile, Estados Unidos, Canadá, Perú, Filipinas y Australia) y ocho de los nueve productores de plata (México, ex Unión Soviética, Canadá, Perú, Estados Unidos, Australia, Japón y Chile). China cuenta con el 75% de las reservas mundiales de tungsteno y se presentan buenas perspectivas en Corea del Sur, Canadá, Estados Unidos, Australia y la ex Unión Soviética.

La propia ex Unión Soviética se destaca, además, por sus reservas de vanadio, magnesio y hierro. Entretanto, Malasia, Indonesia, Tailandia y Australia concentran alrededor del 80% de la producción mundial de estaño (Bolivia representa un 10%), Filipinas es el cuarto productor mundial de cromo; la ex Unión Soviética, Canadá, Nueva Caledonia e Indonesia son importantes en la producción de níquel.

En el área de la minería, se postula que sólo en cobre contiene 3 trillones de toneladas, además de hierro, manganeso, cobalto, níquel y muchos otros metales en cantidades significativas.

Los países de mayor desarrollo, desde hace muchos años, han comenzado a realizar investigaciones que les permitan evaluar la potencialidad de los fondos marinos como fuente de abastecimiento de minerales que reemplacen los actuales recursos terrestres, cuando las condiciones tecnológicas y económicas lo hagan factible y atractivo. Los esfuerzos principales están centrados en la explotación y cuantificación de sulfuros polimetálicos, sedimentos metalíferos y nódulos de fierro-manganeso, como también en el desarrollo de tecnología para su recolección y elevación a la superficie.

La totalidad de los recursos minerales del mar de Chile y del Pacífico Sudeste, en general, están incluidos en la categoría de “Recursos Condicionados”. Consecuentemente, la explotación futura del manganeso, níquel, cobalto, zinc, fierro, cobre y plata requiere realizar primero estudios científicos, tecnológicos y económicos de cada uno de ellos. Hasta el presente, los estudios realizados relativos a la exploración y explotación son muy reducidos, habiéndose orientado exclusivamente a los combustibles fósiles (petróleo y gas natural).

Gran parte del fondo oceánico mundial está cubierto por concentraciones de nódulos de fierro-manganeso. El océano Pacífico no es una excepción, constituyendo los nódulos una “carpetita” sobre el fondo marino, especialmente abundantes en zonas en las cuales la velocidad de acumulación de sedimentos pelágicos es baja (menor de 7 mm. por un millón de años). La composición de los nódulos es variable de un lugar geológico a otro, conservando siempre concentraciones de manganeso superiores a 14% en peso.

d. En cuanto a la Energía Oceánica.

El mar es una fuente inagotable de recursos energéticos, la mayoría de los cuales son limpios y no contaminantes. Estos recursos se encuentran diluidos en el mar (en el caso del uranio), formando parte del agua (en el caso del hidrógeno, deuterio y de la energía térmica), y en el subsuelo marino (en el caso de los hidrocarburos).

El único recurso que hoy día se explota en forma comercial es el de los hidrocarburos, por medio de plataformas fijas o flotantes.

Debido a restricciones de índole técnica y económica, en nuestros países prácticamente no ha sido posible hacer investigación y desarrollo orientado al aprovechamiento de los recursos de energía del mar no convencionales. Países de mayor desarrollo relativo, tales como el Japón, los Estados Unidos de Norteamérica, Francia, Alemania, Reino Unido, la ex Unión Soviética y otros, trabajan activamente en investigaciones destinadas al aprovechamiento de gradientes térmicos, energía mareomotriz y recuperación y utilización del deuterio y uranio disueltos en el agua, debido a las promisorias perspectivas técnicas y/o económicas de algunos de estos recursos energéticos oceánicos.

Estrategias de desarrollo de Chile en la Cuenca del Pacífico.

Existe hoy una compleja gama de relaciones de interdependencia entre los países de la Cuenca del Pacífico, las que se han acrecentado con los años gracias al grado de desarrollo alcanzado por las naciones que la conforman y por las características particulares de sus modelos económicos de libre empresa y comercio.

En este campo encontramos naciones con un muy alto grado de crecimiento, como lo son los Estados Unidos de América y el Japón, verdaderas potencias industriales dominantes en el área; Canadá, Australia y Nueva Zelanda, países altamente desarrollados con grandes riquezas potenciales e importantes tecnologías; la ex Unión Soviética y la República Popular China, regímenes socialistas con modelos económicos de planificación central, pero de reciente iniciación de un aperturismo incipiente,

que si bien participan en el comercio regional, tienen relaciones con las demás naciones del Pacífico que se caracterizan por la autarquía relativa de sus economías, junto a las cuales hay que considerar los casos satélites de Vietnam, Laos y Camboya; la República de Corea, Hong Kong y Taiwán, que conforman un grupo de “nuevas naciones recientemente industrializadas” (NIC’S – Newly industrialized countries), economías estas últimas que han alcanzado índices de desarrollo poco usuales en la promoción de las exportaciones y en el mejoramiento del sector agrícola.

En este breve análisis económico y comercial habrá que considerar también a Malasia, Filipinas, Indonesia, Singapur y Tailandia países que constituyen el ASEAN (Asociación de Naciones del Sudeste Asiático) y que, con excepción de Singapur, poseen un débil desarrollo industrial, siendo esencialmente productores de materias primas; a la Islas-Estados del Pacífico, conglomerado de naciones recién emancipadas, pobres y con un muy bajo desarrollo relativo.

El notable incremento de nuestro comercio exterior con los países de la Cuenca y el acelerado crecimiento alcanzado por países de la zona Asia-Pacífico, vienen a constatar la importancia comercial que la vinculación con los países ribereños representa para Chile, además viene a confirmar las precisiones realizadas por numerosos especialistas, en relación con la gravitación, no sólo en el aspecto comercial que posee la Cuenca, sino también en relación con aspectos económicos, culturales y políticos, y que vienen a confirmar los beneficios de una cada vez mayor integración plena de Chile en dicha zona.

Una radiografía actual de la Cuenca muestra que en esa zona, que ocupa más de un tercio de la superficie de la tierra, se transa el 40% del comercio mundial, confluyen en ella 36 naciones independientes que representan el 60% de la población mundial y que, a pesar de su diversidad política, cultural, económica e institucional, sus economías han alcanzado un alto grado de comercio e inversión interregional.

La apertura comercial de Chile al exterior, y los logros obtenidos en esta materia, resultan coincidentes con la estrategia de desarrollo basada en las exportaciones, mantenida por los países de mayor crecimiento dentro de la Cuenca. Esto le confiere a Chile un mayor poder de vinculación con la región, que trae como consecuencia poder diversificar sus exportaciones tanto en mercados como productos.

La nueva estructura de nuestro comercio exterior, el crecimiento explosivo de los países del Asia-Pacífico, la constatación a través de las cifras, de la gravitación de la región en el nuevo orden mundial, son hechos que nos indican el enorme potencial que Chile tiene dentro de la región. Esto nos plantea un desafío que debemos encarar en conjunto, el gobierno y el sector privado, y así poder materializar y consolidar nuestra presencia y verdadera integración en la región.

El excelente nivel en el ranking de riesgo-país, le ha otorgado a Chile una proyección en el área de la inversión extranjera nunca antes alcanzada, y el foro económico mundial, considerado como el más autorizado análisis de clasificación de competitividad, ha otorgado a Chile el quinto lugar en la categoría de economías en desarrollo, y en posición de directa competencia con Malasia, Corea y Tailandia. Chile es destacado por su alto nivel de internacionalización, gestión empresarial y recursos humanos. Lo anterior viene a demostrar el alto grado de desarrollo alcanzado por nuestro país como producto de la apertura comercial. Una mayor integración con los países de la región será positiva, no sólo para mejorar el intercambio bilateral, sino como una vía para atraer inversión extranjera, como ya se ha demostrado con inversiones australianas, neozelandesas, japonesas, etc., lo cual nos permitirá alcanzar un mayor desarrollo tecnológico y posicionamiento de nuestras empresas en el exterior.

Otro aspecto importante que plantea la integración con la zona es el de establecer alianzas para la negociación multilateral, destinadas a promover la política general de mercados abiertos y, en especial, fortalecer nuestra posición en las negociaciones del GATT (Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio, 1947) y concentrar una lucha en conjunto contra el proteccionismo.

¿Cuál deberá ser entonces nuestra estrategia de comercio en el océano Pacífico?

Por razones obvias, resultan altamente prioritarias nuestras relaciones bilaterales con los tres grandes de la Cuenca. Con Estados Unidos ya hemos celebrado un Tratado de Libre Comercio (TLC). Con Japón debemos perseguir una relación privilegiada. Se trata de la segunda economía más importante del mundo, es nuestro segundo mercado de exportación y una fuente importante de capitales y de cooperación técnica, que necesitamos desarrollar aún más. Con China hay que definir de una vez por todas una política. En ella cabe reconocer su nuevo rol internacional, demostrando un manejo cuidadoso de temas tan candentes para Pekín como la situación de Taiwán, su ingreso a la OMC (Organización Mundial del Comercio), o los derechos humanos. Asimismo, la economía china constituye un gran mercado potencial para nuestras exportaciones, frente al cual habrá que prepararse adecuadamente en información y contactos, a fin de obviar las restricciones, manejar las prácticas comerciales locales y conocer la forma china de hacer negocios.

También requerimos una coordinación más estrecha con las potencias medianas de la región: Australia es una de las mejores ventanas al Asia-Pacífico, con una vasta experiencia y estrechos contactos en el área; Canadá es uno de nuestros buenos socios comerciales, que se ha transformado en una importante fuente de cooperación y de transferencia tecnológica hacia Chile y Nueva Zelanda. Ha sabido desarrollar, con inteligencia, estrategias de marketing internacional para productos alimenticios (frutícolas), las cuales debiéramos emular o asociar. Siguiendo el ejemplo canadiense, Chile podría negociar tratados de libre comercio con Australia y Nueva Zelanda.

Los países “recientemente industrializados”, los NIC’S asiáticos ya mencionados, son un marco de referencia obligado para la economía y el comercio exterior chilenos. No podemos conformarnos con una posición de mero liderazgo latinoamericano en materia de reformas o de progreso, sin ser más exigentes y compararnos lisa y llanamente con los NIC’S asiáticos. Ya sea como competidores directos o como aliados, nuestro país necesita compartir experiencias de todo tipo con dichas naciones, manteniendo lazos estrechos con Corea del Sur y Taiwán, como fuentes de capital y tecnología, así como con Hong Kong (ahora integrado a China) y Singapur, en su calidad de plataformas regionales de distribución y servicios.

La política chilena no debiera agotarse en una acción meramente económica en la Cuenca. No habrá plena integración al Asia-Pacífico mientras no haya una verdadera Inserción Cultural chilena a la región. Para ello, se requiere un profundo cambio de mentalidad, uno que entienda mejor de la realidad heterogénea de la Cuenca y nos sirva para interrelacionarnos más intensamente con ella.

El Foro de Cooperación Económica de Asia-Pacífico, APEC 2004.

Como lo he expresado en la primera parte de este ensayo, la APEC, o Foro de Cooperación Económica de Asia-Pacífico, es una instancia que se creó en 1989 para facilitar el crecimiento económico, la cooperación, el comercio y las inversiones en la región de Asia-Pacífico.

Esta agrupación de países funciona sobre la base de compromisos no vinculantes. De esta forma, a diferencia de la Organización Mundial de Comercio (OMC), APEC no tiene obligaciones para sus integrantes. Las decisiones adoptadas son por consenso y los compromisos, voluntarios.

APEC tiene 21 miembros, a los que se llama “economías miembros”.

Entre otros están, además de Chile, Australia, Canadá, China, Hong Kong (China), Indonesia, Japón, República de Corea, Malasia, México, Nueva Zelanda, Perú, Filipinas, Federación Rusa, Singapur y Estados Unidos.

Estas economías reúnen a más de 2,5 billones de personas, un PIB (Producto Interno Bruto) combinado de US\$ 19 trillones, y el 47% del comercio mundial.

El rumbo de APEC es fijado por los miembros principalmente en cuatro ocasiones: la Cumbre de Líderes, la Reunión Ministerial Conjunta (en la que participan los Ministros de Relaciones Exteriores y de Comercio), las reuniones SOM (Senior Officials Meeting, que son los altos oficiales de

APC), y los encuentros ministeriales sectoriales. Cada una de estas citas es organizada y solventada por el país que ese año está a cargo de la Presidencia del Foro.

Chile ingresó como miembro pleno de APEC en 1994 y en octubre de 2003, como lo expresé en la Introducción, asumió oficialmente la coordinación del Foro Económico del Asia-Pacífico y de esta forma coordinará el encuentro durante este año 2004.

Por lo tanto, Chile será la sede y en el mes de junio se reunirán los ministros de Relaciones Exteriores y de Comercio, en tanto que la reunión de Líderes se efectuará en noviembre de 2004.

La agenda para 2004 busca asegurar el Comercio, con más certeza frente al terrorismo y diseñar un sistema que permita intercambiar mercaderías de forma más libre y justa.

A fines del año pasado, Chile ya dio comienzo al programa de actividades que nuestro país organiza en el marco de APEC. En diciembre, representantes de las 21 economías de APEC, se reunieron en Viña del Mar para diseñar la agenda de la cumbre que se desarrollará en noviembre del presente año.

La importancia para Chile de las economías miembros de APEC ha ido creciendo. Mientras en 1994 representaban el 54% de nuestras exportaciones, el año pasado APEC recibió el 57% de los envíos chilenos (US\$ 10.075,9 millones de dólares).

APEC es también la fuente de casi el 60% de la inversión extranjera directa recibida por Chile en la última década.

Chile se define en el Pacífico.

Por ello, el Gobierno de Chile ha hecho una importante afirmación de su política hacia el Pacífico. Quisiera tomar algunas ideas expresadas por la Sra. Ministro de Relaciones Exteriores en la V Sesión del Consejo de Asia-Pacífico bajo el copatrocinio de la Sociedad de Fomento Fabril (SOFOFA) y la Fundación Chilena del Pacífico.

La Canciller se refirió a nuestros vínculos intermitentes, aunque históricos con la Cuenca, a la heterogeneidad política, social, económica, institucional y cultural que caracteriza a la región asiática; a la potencialidad de los recursos existentes y a las vastas oportunidades de comercio, inversiones y de cooperación.

Creo que el mayor énfasis ministerial estuvo sobre el desafío cultural que representa para Chile el posicionarse en el Asia-Pacífico, al plantearlo como la condición esencial para la inserción de nuestro país en el proceso de globalización.

Al decir que todavía hoy persiste “una barrera que nos ha impedido avanzar más con las naciones asiáticas (barrera cultural)” e, incluso, que la visión sobre el Asia de muchos chilenos es “estereotipada y con prejuicios”, la Canciller nos está haciendo una clara advertencia. No sólo está reconociendo nuestra propia ignorancia de realidades que “antecedan con creces al desarrollo social y cultural de nuestro mundo occidental, y que están a años luz del desarrollo cultural y social de nuestro país”, sino que de paso nos está alertando respecto del costo que puede tener hoy nuestro carácter “isleño” en un mundo altamente integrado e interrelacionado.

Nuestra Canciller puntualiza que las relaciones entre Chile y el Asia deben ampliarse más allá de lo meramente económico y comercial. A su juicio, hay que profundizar, por un lado, los lazos políticos, culturales, de cooperación e implementar intercambios de diversa naturaleza. Y, por el otro, habrá de incorporar a la variante asiática en la educación chilena y en la formación de nuestros ciudadanos. Y cómo no vamos a cambiar de enfoque si el hecho es que hoy Chile exporta más a Japón que a Brasil y más a Corea que a España.

Pero no basta que nuestros empresarios esperen a la vera de sus fábricas a que los asiáticos vengan a comprar sus productos.

Ellos tienen que salir a conquistar los nuevos mercados.

Tampoco se justifica hoy a una elite académica chilena ensimismada con el viejo eurocentrismo, o bien, una clase política apegada a los discursos ideológicos occidentales. Todos y cada uno debemos abrir nuestras mentes al cambio cultural, social y tecnológico.

Al conocer y acercarnos más a las culturas asiáticas, estaremos no sólo aprovechando mejor las potencialidades económicas de esa región (más comercio y flujos sostenidos de inversiones y tecnologías), sino que también nos beneficiaremos del conocimiento de exitosas políticas públicas que nos pueden ayudar a impulsar un nuevo ciclo de crecimiento en Chile.

La cooperación transpacífica es otro acápite que recibe especial atención por parte de la Ministro. Ella llama a explorar una serie de propuestas concretas para fortalecer la relación en Chile y el Asia-Pacífico. Cabe destacar, por ejemplo, la idea de estudiar con mayor detención las Pequeñas y Medianas Empresas, PYMES asiáticas (sobre todo japonesas y taiwanesas), que son un verdadero motor de dichas economías y procurar el establecimiento de contactos regulares con sus equivalentes chilenas, a través de las telecomunicaciones, la informática y de la creación de redes especiales de contactos. Sugiere, asimismo, evaluar diversas otras iniciativas en materia técnica, cooperación especial, finanzas, recursos naturales, salud, telecomunicaciones, turismo, etc.

Eso sí, el gobierno chileno deberá enfrentar variados desafíos en su posicionamiento en el área.

En lo inmediato, nuestro país deberá coordinar la constitución del Foro América-Latina Asia del Este (FALAE), institucionalizando así el diálogo entre ambas riberas de la Cuenca, elemento indispensable para superar las barreras culturales a que hemos hecho alusión.

Luego, como lo hemos ya mencionado, será anfitrión este año 2004 de una cumbre de líderes y otra empresarial bajo el ámbito de la APEC, organismo transpacífico donde Chile ha asumido el compromiso de alcanzar la total liberalización comercial para el año 2010.

En cada uno de estos eventos, Chile estará jugando el rol de “puente” entre el Asia-Pacífico y la América Latina. Ello es lógico, al menos en lo conceptual, porque para las economías asiáticas lo más importante de nuestro país no es tanto su mercado doméstico como su integración en el Mercado Común del Sur (MERCOSUR). Del mismo modo, para nuestros vecinos sudamericanos, el mayor valor estratégico que les ofrece Chile es su proyección al Asia-Pacífico.

Sin embargo, para llevar la teoría a la práctica, esa “puerta” chilena sólo podrá abrirse en la medida que nuestra economía se consolide en el sector servicios y cuente con una adecuada infraestructura física, social y humana. Este es un reto para el gobierno, los empresarios y todos los chilenos.

Quiero terminar este ensayo con la frase que algún empresario chileno escribió y que dice: *“Mi interés en el futuro es porque allí pasaré el resto de mi vida”*. Los hombres y mujeres de Chile, encontrarán en este trabajo que he desarrollado, el alimento para adoptar decisiones correctas e instruirse en un tema de palpitante actualidad.

* * *

* Contraalmirante. Oficial de Estado Mayor. Preclaro Colaborador, desde 1995.